

Introducción

Cualquier educador que piense se ha enfrentado con las cuestiones básicas que han perseguido a la profesión desde los tiempos más lejanos: ¿Cuál es la mejor manera de enseñar? ¿Qué materias deben aprender los niños? ¿Hasta qué punto son responsables los niños? ¿Qué grado de participación deben tener en lo que hacen? ¿Cómo deben funcionar las escuelas en una sociedad democrática? Para la mayoría de nosotros estas cuestiones pertenecen a la teoría. Hemos heredado un sistema educativo y no podemos plasmar nuestras fantasías en el mundo real. Debemos preservar lo mejor de lo que tenemos y no intentar forzar siquiera ligeramente el orden existente.

Ocasionalmente un grupo de personas, desinhibidas frente a la tradición, se plantea estas preguntas – y propone nuevas y radicales respuestas, en un “invernadero” montado para que todos puedan verlo. Tales experimentos son especialmente valiosos para proporcionar una mirada completamente nueva a las doctrinas aceptadas y ayudarnos a intentar otras nuevas.

En 1968, una escuela experimental única se estableció en Framingham, Massachusetts. The Sudbury Valley School -que está abierta para estudiantes con edades entre 4 y 19 años- ha sido pionera en un conjunto de prácticas altamente innovadoras. Su trabajo ha ganado amplio reconocimiento y tiene la distinción de ser la primera escuela de este tipo en ser completamente reconocida.

Uno de los aspectos más interesantes de Sudbury Valley es su actitud hacia el aprendizaje. La escuela arranca de una premisa planteada por Aristóteles hace más de 2.000 años en su famosa introducción a la *Metafísica*: “Los seres humanos son curiosos por naturaleza.” Esto supone que las personas apren-

den constantemente, es parte inherente de su vida. Esto significa también que los niños aprenderán siguiendo sus inclinaciones naturales, haciendo lo que quieren con su tiempo, todo el día, todos los días. Independientemente de su edad, desde el momento que los estudiantes entran en la escuela se ven forzados a asumir por sí mismos, sin ayuda, su responsabilidad y a tomar todas las difíciles decisiones que condicionarán el curso de sus vidas. La escuela -con el equipo de adultos, el edificio, el equipamiento y la biblioteca- es un recurso que está disponible cuando se pide y pasivo cuando no se solicita. La idea es simple: impulsados por su curiosidad innata -que es la esencia de la naturaleza humana- los niños harán enormes esfuerzos para explorar y dominar el mundo a su alrededor.

¿Qué sucede en la realidad? Todo el mundo aprende lo básico; pero a su propio ritmo, en su momento y a su manera. Algunos niños aprenden a leer a los cinco años; otros a los diez. Algunos aprenden mejor de los profesores o de otros estudiantes; otros aprenden mejor por sí mismos. Un día cualquiera se puede ver a los estudiantes de todas las edades aprendiendo juntos, hablando, jugando -creciendo. A medida que crecen, desarrollan un fuerte sentido de identidad y se proponen metas para el futuro. Cuando abandonan la escuela continúan en una enorme variedad de actividades - profesiones, comercio, negocios, universidades- a lo largo de todo el país. Todo esto tiene lugar en un entorno educativo en el que los estudiantes son los jueces de lo que deben hacer y cómo deben progresar.

Otra de las muchas y fascinantes innovaciones está en la estructura organizativa. La escuela está gobernada como una democracia pura -a través de la Asamblea Escolar- en la que cada estudiante y cada miembro del equipo tiene un voto. Todos los aspectos de la escuela operan de esta forma, sin excepción: las reglas, el presupuesto, la administración, los contratos, los despidos y la disciplina. El resultado es una institución que funciona fluidamente y en la que todos tienen interés, un edificio que prácticamente no ha sufrido vandalismo ni pinta-

das y una atmósfera de apertura y confianza sin precedentes en escuelas de cualquier tamaño en estos días. Con todo, la escuela funciona sin ningún tipo de ayuda ni del estado ni de fundación alguna y con una matrícula que está en torno a la mitad del gasto por alumno de las escuelas públicas y muy por debajo de las de las escuelas independientes privadas.

Quizá la manera más sencilla de explicar la escuela sea explicar lo que buscamos en una institución educativa, y cómo hicimos para lograrlo. En realidad, deseábamos unas cuantas cosas diferentes y nos encontramos con que todas ellas encajaban en un único y completo modelo.

En lo que al aprendizaje y la enseñanza se refiere, queríamos personas que fueran capaces de aprender sólo lo que ellos estaban deseosos de aprender -lo que se propusieran aprender por su propia iniciativa, lo que insistieran en aprender y en lo que estuvieran dispuestos a trabajar con ahínco. Los queríamos enteramente libres para elegir sus propios materiales, libros y profesores. Sentíamos que el único aprendizaje que siempre cuenta en la vida sucede cuando las personas que aprenden se lanzan a un tema por sí mismas, sin coacción, ni sobornos ni presiones. Y estábamos seguros de que los profesores que trabajasen con estudiantes deseosos, decididos y persistentes experimentarían una satisfacción inusual. De hecho, pensábamos que tal ambiente sería un paraíso tanto para los estudiantes como para los profesores.

Para ser honestos con nosotros mismos, teníamos que alejarnos de cualquier idea de currículum o programa de inspiración escolar. Teníamos que dejar que todo el impulso viniera de los estudiantes y que la escuela estuviera comprometida para responder solamente a este impulso. Toda la responsabilidad de las actividades de cada persona tenía que recaer en sí misma, y no en otra con una posición de autoridad. Este es el motivo por el que nosotros nunca hemos tenido ningún tipo de exigencia de estudios en ningún nivel, nunca. Nos figuramos que todos, con la ayuda que pudieran reunir en la escuela, po-

drían descubrir por sí mismos qué era necesario -y qué no- para lograr lo que deseaban en la vida.

Esto encajaba bastante con los rasgos de carácter que esperábamos fomentar. Tú -y sólo tú- debes tomar tus propias decisiones y debes vivir con ellas. Nadie debe pensar por ti y nadie debe protegerte de las consecuencias de tus acciones. Esto, sentíamos, es esencial si quieres ser independiente, autodirigido, el dueño de tu propio destino.

La responsabilidad individual también implica una igualdad básica entre todas las personas. Cualquier autoridad que exista debe existir gracias al libre consentimiento de todas las partes. Esto no es nada nuevo, por supuesto -nuestro país fue fundado sobre este principio. Para nosotros, esto era una guía en nuestro quehacer cotidiano.

Muchos conceptos están involucrados en la idea de un individuo responsable, y todos ellos están ligados con aprender el arte de ser una persona libre e independiente. La escuela que teníamos en mente tenía que estar enraizada en esta idea. No podíamos estar satisfechos con menos que toda la responsabilidad para cada persona, independientemente de su edad, de su conocimiento o sus logros. Sabíamos que la gente cometería errores en este camino -pero sabrían que eran sus errores y así sería más probable que aprendieran de ellos. Sentíamos que la gente sana siempre encontraría la forma de beneficiarse de sus fallos, así como de sus aciertos. Creíamos que era bueno dejar que la gente intentara lo que deseara, estuvieran seguros o no de tener éxito, de modo que estuvieran mentalmente preparados para encontrarse con un desafío inesperado o aprovecharse de una oportunidad imprevista.

Los rasgos de carácter que queríamos fomentar formarían parte de una atmósfera general que esperábamos impregnara la escuela. Sobre todo, buscábamos un ambiente que fuera abierto, honesto, digno de confianza y libre de temor. Nuestra meta era tener una escuela donde nadie estuviera asustado, al menos no por algo que nosotros hiciéramos.

El miedo al poder y a la autoridad era lo que queríamos abolir en la escuela. No nos preocupaban las personas que tuvieran autoridad. La autoridad en sí misma puede ser buena o mala, dependiendo de muchos factores. Algunas situaciones necesitan personas con autoridad –una situación con un aprendiz, por ejemplo, o un negocio.

La cuestión principal es cómo las personas logran la autoridad y la controlan una vez que la consiguen. Uno no se asusta de una persona con una posición de poder, si aquella entiende por qué está ahí, si tiene posibilidad de participar en colocarle ahí y si puede fiscalizar todo lo que ésta hace. Lo que asusta es la autoridad arbitraria, la autoridad que nos excluye de la participación, aquella sobre la que no se tiene control. Nosotros estábamos decididos a que ninguna persona en la escuela –ya fuera estudiante o del equipo o padre o invitado– tuviera ningún motivo para temer la autoridad de nadie vinculado con la escuela. Esto, más que ninguna otra cosa, haría posible que una persona mirara directamente a los ojos de otra independientemente de la edad, el sexo, la posición, el saber o la experiencia.

Para nosotros, la democracia es la mejor forma de gobierno que las personas han conseguido nunca para gestionar sus asuntos. Esto permite a todos tener el mayor margen de acción posible para ser independiente y, al mismo tiempo –en cuestiones que necesitan de la acción conjunta–, permite a cada persona tener plena participación en la toma de decisiones. Sentimos que el tipo de democracia popular practicada en las asambleas ciudadanas de Nueva Inglaterra durante más de trescientos años era una buena forma de gobierno, difícil de mejorar. El tipo de escuela que teníamos en mente estaría organizada totalmente siguiendo el modelo de la asamblea ciudadana. Nadie sería ignorado.

Pensamos que tendría sentido para una escuela que funcionase democráticamente en un país en el que todas sus formas de gobierno son democráticas. Desde la más pequeña ciudad hasta la esfera federal, todas nuestras instituciones han

sido diseñadas para ser controladas democráticamente de una u otra forma. Nos preguntábamos por qué las escuelas no deben funcionar así también, y cuanto más pensábamos en ello, más pensábamos que debían funcionar así. En una escuela democrática, los miembros adultos de la comunidad podrían aplicar a la escuela los mismos criterios de ciudadanía que aplicaban en sus vidas en el exterior. Y los niños en la escuela se nutrirían de los principios y prácticas que forjan la vida democrática. Con el tiempo llegarán a ser adultos, ser ciudadanos responsables sería algo natural en ellos porque habrían vivido así mucho tiempo.

Cuando hicimos inventario de todas las cosas diferentes que subyacían a la escuela, nos dimos cuenta de que todas ellas equivalían a una idea esencial a partir de la cual se deriva naturalmente todo lo demás.

La idea era la de una escuela donde las personas gestionaran sus propios asuntos sin ninguna interferencia exterior, donde gestionaran sus asuntos compartidos —los asuntos de la escuela— a través de una especie de asamblea ciudadana.

Era tan simple como eso, y esto contenía la idea de aprendizaje detrás de la que íbamos; fomentaba los rasgos de carácter que deseábamos que emergieran, encarnaba la atmósfera que buscábamos y tenía la estructura que queríamos.

Antes de que la escuela comenzara de verdad, en 1968, muchas personas nos dijeron que éramos unos soñadores, que nuestra visión de la escuela era utópica. Pero ahora existe desde hace años, para que todo el mundo lo pueda ver.

¿Cómo se siente uno al visitar Sudbury Valley School? El edificio principal es una mansión de piedra construida hace más de un siglo con granito local. A su alrededor hay unos cuarenta mil metros cuadrados de césped, árboles y arbustos. En un extremo del campus hay un gran granero y un establo, adaptados para uso escolar. En el otro extremo, mirando hacia el estanque, hay una presa y un molino de granito, próximos a

un dique de tierra y piedra sobre el que se extiende un viejo puente de piedra techado. Alrededor del campus, hasta donde alcanza la vista están los cientos de hectáreas de tierras protegidas y de un parque estatal, campos y bosques, pantanos y suaves colinas, las cuales reflejan en los cambiantes colores de sus follajes las diferentes estaciones del año.

El lugar no parece ni se siente como una escuela. Los “indicios escolares” habituales no se ven. Parece más como una casa, con muchas personas ocupadas en sus diferentes actividades de una forma decidida, aunque relajada. El mobiliario, las personas y el ambiente no son lo que uno podría esperar. Los visitantes a menudo se sienten desconcertados; van buscando lo que se suele ver en las escuelas y aquí no lo encuentran.

Este libro es un intento de ayudar a todo el mundo a “ver” Sudbury Valley. Proporciona abundancia de experiencias personales, recogidas en los primeros veinte años de la escuela. No es un tratado de filosofía o práctica educativa, ni es una historia formal de la escuela. Más bien, es la historia humana de un experimento absolutamente único en los anales de la educación.

The Sudbury Valley Press